

RUBENS.

(Véase la pág. 24.)



Rubens. Bux.

FREEMAN. del.

PRAUD. graba.

El descendimiento de la Cruz.

T. III.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

4

EL NIDO DE CIGÜEÑAS

POR

ELIAS BERTHET.

(Véase la pág. 21.)

— Ah! ah! dijo Frantz, con una alegría mezclada con un poco de desdén, el señor Fritz me ha perseguido hasta aquí?... En verdad, mi buena señora Reutner, vuestro hijo es bastante buen muchacho para hacer el papel de un perro arisco, dispuesto siempre á despedazar á los que pasan... No queria dejarme entrar, y tuve que empujarle y con fuerza... deseaba tanto llegar aquí!...

Y su amorosa mirada se fijó de nuevo en Whilemina.

— Terteiffe! murmuró una voz ronca en la escalera.

En cuanto llegó Frantz, las facciones de la vieja Magdalena recobraron su espresion de tristeza acostumbrada.

— Un perro! repitió; sí, el último criado de los Steinberg es como un perro fiel que guarda aun la entrada de las ruinas... y que debe alejar de casa á todos los que quieran traer á ella los males.

Frantz hizo un ademan de estrañeza.

— Me habláis á mí de ese modo, Magdalena? Con que no me deben permitir á mí la entrada en el castillo?

— No soy mas que una humilde criada... Aquellos que la señora de Steinberg quiera admitir en él, serán los bienvenidos, para mí y para mi hijo.

— Y la señora de Steinberg, preguntó el jóven con una graciosa sonrisa dirigida á Whilemina, permitirá mi presencia en la torre?

— Frantz! dijo la jóven en voz baja y con exaltacion al mismo tiempo: Ah! quiera el cielo que no nos separemos nunca un solo instante!

Magdalena les observaba en silencio.

— Retírate, Fritz, le dijo al cabo con abatimiento; ni tú ni yo podemos impedir lo que Dios permite... Vuélvete á tu cuarto, pobre Fritz, y deja que se cumpla el destino... Si me habré adelantado demasiado á creer en los buenos presagios?

Un segundo terteiffe fué la respuesta; pero en el mismo instante la cabeza cuadrada y el rostro barbudo desaparecieron. Frantz, acostumbrado por su madre á la obediencia pasiva, y ademas poco razonador de suyo, se marchó sin hacer observacion ninguna.

El jóven estudiante y Whilemina no se acordaban ya de la madre ni del hijo: con las manos entrelazadas, se miraban y se contemplaban estasiados.

— Frantz, Frantz, decia la jóven en tono de reconvencion amorosa, cómo habeis estado un dia entero sin venir á la torre?... Creí que estariais impaciente por...

— He tenido que cumplir un deber, amada Whilemina, porque he querido poner á cubierto de todos los ataques al hombre generoso que ha satisfecho nuestros caros deseos. Ya se halla en seguridad en el extranjero... Nuestra dicha no hará la desgracia de nadie, y no volveremos á separarnos.

— Frantz, y si nos separasen?

— Dónde hay poder en el mundo, Whilemina, que pueda hoy separarme de ti? dijo el estudiante con energia, y estrechándola sobre su corazon; desafiaria al universo entero...

Magdalena se levantó como un fantasma delante de ambos jóvenes, que se alejaron rápidamente el uno de otro. El dolor, la piedad y la indignacion se disputaban la espresion de la fisonomía de la señora Reutner.

— Sois la hija de los barones de Steinberg? dijo á Whilemina con vehemencia: cómo la pura Whilemina puede escuchar sin enrojarse los dichos de un jóven libertino de las escuelas?... Por respeto por vuestro nombre, señorita, y por vos misma, no me desgarréis el corazon mostrándome donde ha caído la heredera de una ilustre casa.

Ambos jóvenes permanecieron un momento cortados con el apóstrofe.

— Ya lo veis, Frantz, como no habeis cumplido con vuestra promesa, y no habeis sabido callaros.

— Que sepa la verdad, repuso Frantz resueltamente; creí que no habriais podido ocultársela durante tanto tiempo.

— Dios mio! todo el dia he estado para confesárselo, pero no me he atrevido.

— Pero qué es lo que hay? preguntó Magdalena con acento trémulo.

El estudiante tomó una mano de la señorita de Steinberg y la llevó á sus labios, en tanto que con el otro brazo rodeaba el esbelto talle de la jóven.

— Magdalena, dijo con nobleza, no os sorprendais ni os escandaliceis con esta dulce familiaridad... Puedo estrechar estas manos contra mis labios, y puedo reclamar esta alma como mia. Estamos casados desde hace algunas horas: Whilemina es mi esposa.

La señora Reutner se quedó inmóvil y nada respondió; solo en sus ojos se conocía que habia en ella tanta indignacion como incredulidad.

— No creéis lo que os digo, repuso el estudiante; os parece imposible que haya sido burlada vuestra vigilancia hasta ese punto! Muy bien habeis dormido la noche pasada, Magdalena y Fritz, nuestro perro de hace un instante, no ladró cuando le robaban el tesoro confiado á su guarda. En tanto que los dos estabais soñando, vuestra señorita se escapaba del castillo en medio de la noche; yo la esperaba en una barca al pié del Steinberg, con dos amigos, dos estudiantes como yo que debian servirme de testigos. Atravesamos el Rhin en silencio, en medio de la oscuridad... Qué conmovida y temblorosa estabais, mi pobre Magdalena!... A la otra orilla del rio, en la aldea de Selzbach, nos esperaba un sacerdote en su modesta iglesia: Dios ha recibido nuestros juramentos, y así no tememos confesarlos delante de los hombres.

Esta relacion debió haber disipado todas las dudas; sin embargo, Magdalena se volvió hácia Whilemina, y la dijo:

— Baronesa de Steinberg, solo á vos quiero creer... Es falso lo que acabo de oír; no es cierto? No habeis tenido la loca temeridad...

— Todo es cierto, replicó la jóven con acento cándido.

— Ese matrimonio no puede ser válido ni ante Dios ni ante los hombres, exclamó Magdalena; desgraciada criatura, habeis sido victima de alguna abominable picardia; os han querido engañar con un matrimonio fingido...

— No es fingido, señora Reutner; se ha efectuado segun todos los ritos del culto católico á que Whilemina y yo pertenecemos. El sacerdote que nos ha unido así como los padrinos que han asistido á la ceremonia, podrán atestiguar su realidad, en el caso que fuere necesario.

Magdalena Reutner les miraba alternativamente con ojos extraviados.

— Decidme, exclamó con acento sombrío dirigiéndose al jóven; qué mágicos hechizos habeis empleado para trastornar la razon á una criatura como esta? Sois el genio del mal encarnizado contra los descendientes de una grande familia? Tiene encima esta casa la maldicion del cielo?... Casada!...

Casada con un oscuro estudiante, sin nombre y sin nacimiento; ella, el vástago más puro y hermoso de la antigua raza!

Frantz se sonrió con melancolía.

— A pesar de que deseo lisonjear vuestros gustos, Magdalena, no puedo resignarme á pasar delante de mi encantadora Magdalena por un habitante del infierno; el hechizo de que me he valido ha sido un amor profundo y verdadero... Tengo también una familia, que debo olvidar porque ella me ha olvidado. Sin embargo, habeis de saber, añadió con un poco de altivez, que quizá puedo llevar un nombre tan ilustre y antiguo como el de Steinberg.

— Y cuál es ese nombre? preguntó vivamente Magdalena.

— Razones de la mas alta importancia me obligan á callarlo.

— Pero vos al ménos, señorita, continuó Magdalena dirigiéndose á la jóven, debeis conocer ese nombre, porque estará escrito en el contrato de matrimonio, y debeis saber si es digno...

— Frantz quiso ocultárnlelo, y yo no he insistido por saberlo. Firmé la primera, sin hacer ninguna pregunta: Frantz es leal, y me quiere con toda su alma, Magdalena, qué mas necesitaba?

El estudiante estrechó en sus brazos á su cándida y tierna esposa para darle gracias por aquella absoluta confianza. Magdalena se quedó pensativa; la seguridad que le habia dado Frantz de que era de sangre noble, habia ya modificado mucho los sentimientos de esta mujer extraña.

— No comprendo, dijo por fin, cuales son los motivos que se pueden tener para ocultar un nombre honrado... pero no le hace; revelando el secreto al señor baron, si la alianza es digna de su casa, perdonará quizá...

— Desgraciadamente, Magdalena, no podré valirme de ese recurso para apaciguar al baron de Steinberg, porque ni él ni nadie en el mundo lo sabrán; he hecho un voto sobre esto, y tengo que cumplir mi juramento. El señor baron tendrá que resignarse á ver en mí al estudiante Frantz y nada mas.

— Y qué haréis si no se resigna, imprudente jóven? Al baron le ciega la cólera cuando se incomoda...

— Mayores peligros que esos he arrojado por casarme con mi querida Whilemina; pero que vengan á pedirme cuentas los que quieran: los desafío á todos.

— ¿Cómo habeis podido ignorar el riesgo que corriaís al contraer ese funesto lazo?

— Lo sabíamos, mi buena Magdalena, replicó Whilemina con una angélica sonrisa; por mi parte dije á Frantz lo temible que era el altanero carácter de mi hermano, y tampoco él me ocultó que tendria que arrostrar los furiosos de una familia poderosa de la que se halla separado para siempre. Pero no nos han detenido estos temores: no quisimos oír la voz de la razon, ni tuvimos presente otra cosa mas que nuestro amor. Pusimos todo nuestro conato en vencer las dificultades que se presentaban, y ningun poder humano habria sido bastante para servir de obstáculo á una union tan deseada. Por esta razon no quise fiarme en tí, querida Magdalena: temia tu austeridad, tu firmeza, tu ardiente celo por mi felicidad, y aun en el dia, si he cometido una falta al entregarme á Frantz, no me arrepiento de ello; estoy resignada á soportar todas las consecuencias de mi conducta, y aun cuando debiese morir, moriria por mi querido esposo.

— Y yo, dulce Whilemina, repuso el jóven con un acento apasionado, yo te defenderia mientras me quedase un soplo de vida. Tú eres para mí la patria, la familia, el uni-

verso todo. Si debemos sucumbir en la lucha, sucumbiremos juntos. Nuestras almas se volverán á hallar en un mundo mejor.

Magdalena contemplaba á ambos jóvenes con una involuntaria admiracion. Whilemina habia dado el brazo á su esposo, y con la cabeza inclinada sobre sus hombros escuchaba ávidamente sus palabras. El estudiante en pié, en actitud altanera, con el rostro resplandeciente de alegría, y una mano alzada al cielo en señal de desafío, hablaba dominado por un ardiente entusiasmo.

Frantz le llevaba á Whilemina en estatura, toda la cabeza. La hermosa jóven parecia apoyarse en él como sobre un protector: sus cabellos se confundian al soplo de la brisa de la tarde, y la oscuridad que comenzaba ya á esparcirse en torno de ellos, apenas dejaba entrever sus graciosos perfles. Habriase dicho que era una celeste aparicion rozando con sus ligeros piés la cúspide de aquella torre aérea, y dispuesta á volverse á las nubes de donde habia salido.

VI.

Magdalena, cuya imaginacion tenia una tendencia declarada á lo maravilloso, al contemplar á los jóvenes esposos, no pudo ménos de experimentar una admiracion mezclada de ternura.

— Son tan hermosos como los amantes de nuestras antiguas leyendas; murmuró suspirando, y con lágrimas en los ojos; parecen hechos el uno para el otro... parecen las almas de Berta de Steinberg, la virgen de los ojos puros, y de Carlos de Stoffensels, llamado el bonito escudero!... Pero qué recuerdo tan terrible acabo de despertar ahora, añadió Magdalena con cierta especie de terror; el baron Manuel para castigar aquel amor les condenó á morir de hambre en ese horrible subterráneo que aun en el dia existe debajo de nosotros y que las crónicas designan con el nombre de Camino de la fuga. Pobres criaturas! Dios os preserve de la suerte de Carlos y de Berta!

Whilemina no comprendió el sentido de estas palabras, pero Magdalena lloraba y la tendia los brazos, y la jóven se arrojó á su cuello.

— Me quieres todavía, mi buena Magdalena? exclamó transportada; me perdonas que te haya ocultado mis proyectos? que me haya desconfiado de tí?

— Nada tengo que perdonaros, noble señorita; quien soy yo para atreverme á reconveniros? Pero hay otra persona...

— No me hables de mi hermano en este instante, interrumpió Whilemina con una viveza encantadora poniendo uno de sus lindos dedos en la boca de la criada; deja que me entregue enteramente á la felicidad de estar al lado de Frantz, y junto á tí. Porque nos asustamos tanto de un peligro, en el dia tan lejano?... Tengamos esperanzas, querida Magdalena; has olvidado ya, añadió sonriendo, el favorable presajio que creiste hallar en la vuelta de las cigüeñas?

Whilemina tomó á Frantz de la mano, le condujo hasta el pretíl y le mostró las dos aves dormidas; luego con una malicia bien disimulada para no incomodar á la buena Reutner, explicó al jóven estudiante la importancia que daba Magdalena á aquella vuelta inesperada. Frantz se sonrió á su vez, aunque con tristeza.

— Whilemina, le respondió, prefiero una creencia poética y graciosa á la seca y fria realidad; ademas, porque hemos de negar ciegamente todo lo que no podemos com-

prender?... La creencia de la señora Reutner será sin duda relativa á alguno de esos antiguos recuerdos de que tiene la memoria llena...

— Magdalena, añadió en tono afectuoso, la noche está preciosa, no hace viento, contadnos, porqué son las cigüeñas las aves protectoras de los barones de Steinberg; ya sabéis que me gustan mucho esas sencillas narraciones de los pasados tiempos.

Las austeras facciones de la anciana, resplandecieron de gozo súbitamente.

— De ese modo habeis burlado la vigilancia de una pobre anciana á quien le gusta hablar de lo pasado! dijo suspirando; pero no le hace, voy á daros gusto. Además, debe importaros mucho el saber las tradiciones de la familia en que acabais de entrar.

Frantz y Whilemina que hallaban una buena ocasion cuando Magdalena contaba estos cuentos, para acercarse mas el uno al otro y para contemplarse en silencio, se sentaron en frente de la señora Reutner. Ambos callaban pero sus manos se entrelazaban, y sus miradas se buscaban en la sombra.

Era ya totalmente de noche, y sin embargo, las nubes que se entreabrian de trecho en trecho, dejaban ver algunas partes del cielo sembrado de estrellas. Por entre las almenas se descubria el Rhin como en el fondo de un abismo, presentando en aquel momento una superficie apenas empañada por lijeros vapores. El mas profundo silencio reinaba en aquellos contornos; solo resonaban de cuando en cuando los chirridos de las aves nocturnas ocultas en las hendiduras y huecos de las ruinas.

— En tiempo del emperador Barbarroja, dijo Magdalena con acento grave, vivia aqui el buen señor Roberto de Steinberg, cuya estatua de piedra, aunque mutilada y hecha pedazos, se puede ver aun en el antiguo patio de honor del castillo... El baron Roberto era un valiente caballero, muy amante de la justicia; nunca estaba en guerra con sus vecinos, sino cuando éstos le hacian alguna injuria á él ó á sus vasallos. En este caso montaba á caballo, y seguido de sus gentes, se vengaba con su espada y su lanza; quemaba y saqueaba cuanto hallaba al paso, y daba el botin á las iglesias, que le tenian por un hombre prudente y temeroso del Señor. Sus enemigos le tenian miedo y todos los suyos le querian. Los barones de Stoffensels, señores de un desmantelado castillo situado en frente del Steinberg, no se atrevian á atacarle aunque lo deseaban de todas veras.

» A Roberto le gustaba mucho la caza con halcon, de donde le habian dado el nombre de *Pajarero*, como á un emperador antiguo. Cazaba en todas estaciones, y por nada en el mundo habria dejado de satisfacer esta pasion dominante. A veces salia únicamente con su halconero y recorria á caballo una gran parte de la comarca, lo que era algo arriesgado, porque habia á la sazón encarnizadas guerras, y todo estaba infestado de malhechores.

» Un dia el buen caballero salió como de costumbre con su halconero y un par de perros para levantar la caza. Su esposa la noble Margarita que le adoraba, quiso que no saliera porque el señor de Stoffensels, furioso con sus derrotas precedentes, habia dicho que se aprovecharia de la ausencia del baron para sorprender el Steinberg; pero Roberto se echó á reir de los temores de su esposa, y salió diciendo que volveria al otro dia, dejando encomendada la guarda del castillo á su viejo senescal que tenia una buena guarnicion á sus órdenes.

» El baron y su halconero corrieron juntos todo el dia, aunque sin encontrar una sola pieza de caza. Toda la comarca estaba asolada por los ejércitos de bandidos que en ella circulaban; los árboles habian sido arrancados de raiz, y las casas quemadas; en una palabra todo era soledad y ruinas, y las aves, lo mismo que los hombres, habian huido de aquella tierra de maldicion. Sin embargo, la noche se acercaba, y los cazadores, muertos de hambre, deseaban hallar un agujero donde poder cenar y acostarse.

» — Por los tres reyes de Colonia! halconero, dijo Roberto á su camarada, ya ha llegado el momento de mostrar tu destreza... en ese pantano debe de haber gallinetas, garzas ó becadas... prepara tus halcones, mientras envío yo los perros á la descubierta entre las cañas... Vamos á tener que cenar sin duda alguna.

» — Así sea, señor, repuso el halconero.

» Y al decir esto se preparó á echar los pájaros que llevaba en los puños.

» Los perros, bien amaestrados, resolvieron inútilmente por todas partes, y ya los cazadores principiaron á creer que sus esfuerzos eran vanos, cuando de repente echó á volar una cigüeña haciendo mucho ruido. El halconero lanzó sus pájaros en los aires, animándolos con la voz y los ademanes.

» Pero el buen caballero veneraba mucho las cigüeñas por sus buenos instintos y pacíficas costumbres. Al ver á aquella perseguida por los halcones, dijo á su servidor:

» — Llama los halcones, compañeros; porque no permitiré que maten á esa inocente criatura.

» — Pero entónces, cómo cenaremos?

» — Nos pasaremos sin cenar... nos traeria alguna desgracia, que una pobre cigüeña fuese desgarrada por esos sanguinarios pájaros.

» — Los halcones no me oyen, están encarnizados sobre su presa, y no quieren obedecerme.

» — Espera, dijo el baron.

» Y al decir esto tomó un arco que llevaba colgado de la silla, y como era muy diestro en la punteria, los halcones cayeron atravesados de dos flechas en el momento en que ya iban á alcanzar á la pobre cigüeña. Esta continuó su vuelo, subió en los aires y desapareció.

» El halconero se quedó muy descontento cuando supo que su amo habia muerto los dos mejores pájaros del Steinberg. Sin embargo, no dijo nada, y como no habia donde guarecerse en las cercanias, los dos cazadores, despues de haber recitado sus oraciones, se envolvieron en sus capas, y se echaron á los piés de un árbol.

» En medio de la noche, Roberto soñó que tenia delante la cigüeña á quien habia salvado la vida, reconociéndola en una pluma negra que tenia sobre la cabeza, que por lo regular no tienen estas aves, porque sus cabezas son blancas como la nieve. La cigüeña dijo al buen caballero:

» — Roberto te agradezco lo que has hecho por mí; me has libertado de las garras de tus halcones, y por ello serás recompensado. Levántate, empuña tu espada, y mata á tu infame halconero, que ha recibido dinero del baron de Stoffensels para asesinarle. Despues montarás á caballo y te volverás al instante al Steinberg, donde te necesitan... No olvides ofrecer una lámpara de plata á la Virgen en accion de gracias... Adios, siempre velaré sobre ti y sobre tu raza.

» El baron medio se despertó, dudando si ese sueño era una revelacion del cielo, ó el fruto de su imaginacion. Aun se hallaba en ese estado de entorpecimiento, cuando sintió una mano furtiva que le iba sacando pausadamente su espada, que habia puesto á su lado ántes de dormirse.

Entonces abrió los ojos con precaucion, y vió al traidor halconero delante de él preparándose para degollarle. Roberto, reconociendo entonces que la cigüeña había dicho la verdad, se levantó bruscamente, cojió su espada y atravesó con ella á aquel tunante, luego le registró, y halló en efecto las pruebas del crimen de que le había acusado la cigüeña.

» Sin volver á pensar en el cuerpo de aquel malvado, Roberto ensilló su caballo, montó en él y se dirigió apresuradamente al Steinberg. Llegó al rayar el alba, y se quedó sorprendido en extremo cuando vió los alrededores del castillo cubiertos de soldados muertos y ensangrentados. Al mismo tiempo oyó que proferían agudos gritos, y todos los vasallos

del castillo salieron á recibirle precedidos de su capitán el viejo senescal, y de la baronesa Margarita.

«— Bien venido seais, mi buen señor, dijo la baronesa, arrojándose en sus brazos; sin la divina Providencia, no os hubiéramos vuelto á ver nunca. Los Stoffensels han intentado esta noche asaltar el castillo; todo dormía aqui, y acaso nos hubieran sorprendido, cuando vino una cigüeña á dar picotazos en las vidrieras donde dormía el senescal; éste despertando con el ruido, se levantó, miró al patio, y vió al enemigo escalando ya las fortificaciones: enseguida lanzó el grito de alarma, nuestras gentes acudieron, y ya veis la carnicería que han hecho en el enemigo. (Se continuará.)

RUINAS DE SAN EVROULT.



El fundador del antiguo monasterio cuyas últimas ruinas se ven en nuestro grabado, se llamaba Ebr-Hulf, nombre de origen germano que significa «supremo socorro, superior apoyo.» En latín se tradujo por la palabra *Ebrulfus*, y en lengua moderna por Evroul y despues por Evroult.

Ebr-Hulf, ó para emplear sonidos ménos duros al oído, Evroult, nació en 517, de padres cristianos y ricos. Siguió los cursos de la escuela episcopal de Bayeux, y estudió las siete ciencias que entonces se estudiaban: gramática, aritmética, geometría, retórica, dialéctica, astronomía y música. Cuando tuvo edad para llevar las armas entró en los leudes del palacio de Khloter, donde permaneció hasta que este rey se hizo el único soberano de las cuatro tribus me-

rovingeas acantonadas en las Galias. En esta época Evroult era muy poderoso y rico; poseía numerosos castillos y se habia casado. De repente tomó la resolución de renunciar al mundo, y en efecto, devolvió su mujer á la familia que se la habia dado, repartió sus bienes entre los pobres, y se hizo fraile! Tenia entonces cuarenta y tres años.

Primeramente se encerró en el monasterio de los dos Gemelos, situado á poca distancia de Bayeux; pero no permaneció allí sino muy corto tiempo: en 560, se fué con otros tres monjes á fundar en la soledad otro monasterio.

Estos cuatro religiosos se dirigieron hácia el bosque de Ouches siguiendo la vía romana de Aragenus (Argentan). Era ese un inmenso y magnífico bosque cuyos restos, que

también han tomado el nombre del santo, no pueden dar idea ninguna de lo que fueron. En aquel tiempo servía de guarida no sólo á las cuadrillas de lobos que atacaban en invierno á las aldeas próximas, sino á bandas de malhechores más temibles aun, mandados por antiguos soldados que habían desertado de sus filas, y vivían únicamente de rapiñas. Los cuatro religiosos entraron sin temor en el bosque, y visitándole en todos sentidos, se detuvieron en una plazoleta cerca de un hermoso estanque, alimentado por varios manantiales de agua viva, en cuyo sitio resolvieron fijar su residencia. Al consagrar este proyecto por medio de la oración, cuentan que se les presentó de repente un salteador armado de pies á cabeza, y según un discípulo de Evroult he aquí poco más ó menos el diálogo que se entabló entre el salteador y los religiosos:

— Qué acontecimiento os ha obligado á refugiarnos aquí, buenos frailes?

— Ninguno.

— Teneis alguna calamidad?

— Ignoramos lo que se llama miedo.

— Teneis el afán de la conquista? Acaso os gusta el bosque para vivir en él?

— No somos soldados; somos hombres de Dios, hijo mío.

— Y qué vais á hacer pues?

— Haremos oración y lloraremos.

— Pues para eso habeis escogido un sitio muy malo, porque aquí vivimos algunas cuadrillas de hombres fuera de la ley, poco arrepentidos y poco cristianos que nos entristeceríamos con vuestras lágrimas y que podríamos enojarnos con vuestras penitencias. Ninguno de nosotros consentirá en que os quedeis en este bosque. Seguid los buenos consejos de un hombre que quisiera ser de los vuestros, si no fuera lo que es: volved á donde estabais, y muy pronto, porque si os deteneis podría suceder que os arrojásemos de otro modo.

— Hijo mío, respondió Evroult con acento suave y acercándose á él, la mirada de Nuestro Señor no se aparta jamás de aquellos que siguen su ley y veneran su nombre.

— Pero os vais á morir de hambre en estos sitios, repuso el bandido algo cortado. Toda la tierra está inculta: aislados y perdidos como lo estáis, y sin relaciones exteriores, iréis pereciendo uno por uno: ¿qué sacaréis jamás de este árido desierto?

— Nada temas, hijo mío, dijo Evroult; la fe nos dará espléndidos banquetes. Ven á sentarte con nosotros á la mesa del Señor, un día, uno solo, y nunca volverás á separarte de nosotros.

El soldado se dejó persuadir por la elocuencia del santo, y ayudó á los religiosos á construirles un abrigo. Bien luego otros bandidos se reunieron á ellos, y el rumor de este acontecimiento se esparció por fuera de aquel bosque. Los duques, los condes francos, los obispos y los comerciantes, enviaron á Evroult socorros, viveres y obreros, porque además de los motivos religiosos, había un poderoso interés en fomentar una fundación que debía contribuir á libertar el bosque de sus temidos y terribles huéspedes. La abundancia de los medios de existencia de que pudo disponer Evroult al cabo de poco tiempo, atrajo á él una multitud de discípulos pobres, así como de mendigos y malhechores; al fin pudo construirse un monasterio, y todos los días llegaban á sus puertas rebaños de ganado y caballerías cargadas de pan y vino. Y no solo los hombres aislados iban á pedir á Evroult asilo y protección, sino que familias enteras llamaban á la puerta del monasterio, tanto que creciendo de día en día los aspirantes á la vida monástica, Evroult

se vió obligado, en el espacio de veinte y dos años, á construir otros quince monasterios entre los que había conventos de mujeres.

Las personas que se consagraban así de repente á la vida monástica no siempre perseveraban en su piadosa resolución. Algunas veces echaban de menos el mundo, decían que la regla era muy severa y se sublevaban contra ella. Los historiadores citan una rebelión de este género, de la cual salió triunfante Evroult en 589, por la sola fuerza de su carácter y de su palabra; las tradiciones añaden á estas causas la influencia y el adorno de algunos milagros. Evroult, después que vivía acompañado de tan crecido número de gente, tenía la costumbre de retirarse de cuando en cuando á una pequeña gruta algo lejana, al lado de una fuente y bajo una colina cubierta de árboles. Un día uno de sus más fieles discípulos corrió á advertirle que los frailes, después de haber saqueado el convento, se habían sublevado contra su autoridad. Evroult se dirigió inmediatamente á la abadía, y en tanto que marchaba todas las campanas de sus monasterios se pusieron á repicar solas como para anunciar que se acercaba. A la estremidad de una arboleda sombría, Evroult distinguió en la sombra una persona emboscada. Era un hombre? ó era acaso el espíritu maligno que había fomentado la rebelión? Evroult se adelanta, la sombra huye; Evroult aprieta el paso detrás de la sombra, que al llegar al sitio que hoy se llama Echaffour, desaparece arrojándose de un brinco en un horno lleno de ascuas. Evroult cierra la puerta del horno, y dice á las horneras: «No abrais la puerta; poned á cocer el pan aquí delante.» La puerta no se abrió sino al cabo de muchos días, y solo se encontró en el horno un montón de cenizas. Entretanto Evroult apaciguó la rebelión de las monjes; solo dos opusieron alguna resistencia, pero el santo se arrojó y se puso á orar llorando, y ambos insurrectos cayeron muertos al suelo.

La tradición nos cuenta otro milagro, mas inocente y mas poético. Un día supo Evroult que el racionero no había querido dar un pedazo de pan á un pobre pretestando que apenas tenía lo suficiente para que comieran los novicios. Inmediatamente Evroult envía al racionero cargado de pan, en busca del pobre: el religioso le ve y le grita: «Nuestro abad te envía esta limosna.» El pobre hambriento se detiene, y á fin de comer con mas comodidad planta su palo en la tierra: al instante del pie de este palo salta un manantial, que, algunos instantes después se convierte en una hermosa fuente.

Tal es el maravilloso origen de la abadía de San Evroult. La historia de su ruina ofrece menos interés.

Evroult murió en 593 á la edad de ochenta años. Sus sucesores no han dejado en las crónicas ninguna huella notable.

Hacia el siglo IX, los monjes fueron reemplazados por canónigos.

En 944, durante la guerra de Luis de Ultra Mar y Hugo el Grande, dos jefes de tropas galo-francas, saquearon y devastaron enteramente la abadía de San Evroult, y arrojaron de ella á los canónigos. Los muros abandonados se desplomaron.

San Evroult fué construido de nuevo por los años de 1050. Se cuenta, que por esta época, habiendo notado un pastor que uno de sus toros desaparecía en una parte inexplorada del bosque y que permanecía allí días enteros, siguió una vez sus huellas por los matorrales, y halló al animal echado en medio de las ruinas de una iglesia, al pie de un altar. Entonces se dijo que esas ruinas eran las de la abadía de

San Evroult, pero este juicio era equivocado, pues eran las de la Iglesia de Nuestra Señora del Bosque construida en otros tiempos por la reina Faileube. Este descubrimiento inspiró al señor de Echaffour el deseo de volver á construir la abadía, y en efecto en 1099 se consagró la iglesia y las nuevas construcciones. En los siglos XIV y XV la aladía fué saqueada y devastada de nuevo diferentes veces, mas en los siglos siguientes no sufrió otros trastornos que los puramente religiosos, cambiando de regla por tres veces. A fines del siglo XVIII era aun uno de los principales monasterios de la Normandía. Cuando los religiosos, en tiempo de la Convención, la abandonaron, parece que se habia resuelto conservar la iglesia; pero una horrorosa tempestad destruyó una noche una gran parte del edificio, que habia sido restaurado y reedificado á fines del siglo XVI. La torre, de cien piés de altura, arrastró en su caída las bóvedas y los arcos superiores, y cada cual se apoderó de una parte de las ruinas.

» Nada de lo pasado subsiste ya, dice el autor del departamento del Orne arqueológico y pintoresco, nada mas que el recuerdo de las maravillosas curas operadas por las aguas de la fuente de San Evroult. El milagro que presidió al nacimiento de esta fuente bendita ha permanecido siendo popular... En el fondo de un estrecho valle corre el Charentonne bajando de cinco ó seis terraplenes que se levantan por detras de su nacimiento y le suministran las aguas. En la cúspide de las colinas, el antiguo bosque entrega su desmelenada cabellera á los furiosos de los vientos. No se ven mas que grupos de raquíticos árboles, juncos, matorrales, zarzas, en fin, una naturaleza pobre y escasa que carece de tierra vegetal para crecer y desarrollarse. En un rincón del paisaje, oculto por una ondulacion del terreno, se halla la fuente de San Evroult: una capilla rústica baña sus piés en el agua saludable... La aldea de San Evroult situada al pié del monasterio, no conserva otras señales que algunos paredones desmantelados. Bajo esas ruinas duermen aun confundidos los señores mas grandes de la Normandía: los Grentmenil, los Giroie y los Montpinzon, al lado de Meinier, abad del siglo XI.»

EL PADRE Y SUS TRES HIJAS.

No todas las leyendas populares de la Alemania consisten en supersticiosas fantasías; muchas veces pueden considerarse como parábolas destinadas á poner en acción ciertas verdades morales. La que ponemos á continuación pertenece á esta última categoría, teniendo por objeto que jamas puede resultar el bien del mal, y que el padre que sacrifica la justicia y la humanidad en interés de sus hijos, tarde ó temprano, su iniquidad es la causa de su pérdida. Este tema, que varia en cuanto á los detalles, pero cuyo simbólico sentido no varia nunca, ha sido desarrollado con mucha gracia por Uhland en la version poética que sigue.

Tres jóvenes contemplaban un profundo valle: su padre vino á caballo y vestido de acero.

— Bien venido seas padre mio: ¿qué es lo que nos traes?

— Hija mia, la del vestido amarillo, me he acordado de tí: como te gustan tanto los adornos te traigo esta cadena de oro; se la he quitado á un arrogante caballero á quien he muerto.

La joven tomó la cadena, bajó al valle y halló al caballero á quien su padre habia muerto.

Estás tendido en el suelo, como un saltador de camino,

ó noble caballero! le dijo; pero te amo: y dicho esto, le tomó en brazos, le llevó á la iglesia, y lo colocó en la tumba de sus antepasados. Enseguida, rodeó su cuello con la cadena, hasta que cayó sin vida.

Dos jóvenes contemplaban un profundo valle. Su padre vino á caballo y vestido de acero:

— En buen hora vengas, padre, que es lo que nos traes?

— Hija mia, la del vestido verde, me he acordado de tí; como la caza es tu deleite, te traigo este dardo que he arrancado al feroz cazador, á quien he muerto.

La joven cojió el dardo y se internó en la selva. Su grito de caza era Morir!. Al llegar junto al cazador le dijo:

He venido hasta este tilo, porque mi corazón me llama aquí. Y al decir esto se atravesó con su dardo, de manera que ambos descansaron juntos.

Las aves del cielo cantaron sobre entrambos, y el verde follaje cubrió sus cadáveres.

Una joven contemplaba un profundo valle. Su padre vino á caballo, vestido de acero.

— En buen hora vengas, padre, en vengas, que es lo que traes á tu hija?

— Hija mia la del traje blanco, hoy he pensado en tí, las flores son tu deleite, y te traigo una mas pura y mas preciosa que el oro. Se la he quitado al jardinero, que me la rehusaba y á quien he dado muerte.

La joven tomó la flor, se la prendió en el pecho, bajó al jardín donde estaba ántes su felicidad y se sentó sobre la colina adornada de azucenas, diciendo:

— Oh! Si pudiera yo imitar á mis queridas hermanas. Pero ay de mí! Las flores no dan la muerte. Dicho esto, se puso á contemplar la flor que su padre la habia dado, hasta que la vió marchitarse, y hasta que ella misma se inclinó marchita sobre la tierra.

EL ÉSTASIS.

Una sublime naturaleza, el silencio y la soledad, son tres caminos que llevan á Dios. Cuando los encuentro en el campo reunidos, lo mismo que un pobre que halla una brisa propicia para probar sus fuerzas, así trata mi alma de elevarse al Eterno en las alas de la oración. Un hermoso paisaje y una fresca mañana me devuelven las virtudes ingenuas que constituyen el principal adorno de la infancia; la calma que me rodea se desliza en mi seno: es un lago tranquilo que no está manchado con el fango, que ningún viento agita, y que refleja en su superficie la paz de la tierra y la pureza del cielo. No experimento un deseo que no pueda confesar en alta voz, mi pensamiento se mece en dulces esperanzas; creo espíados mis pecados por los dolores, y mi invocación principiada en la tierra con espanto, se termina á los piés del Ser Supremo, en medio de la confianza en su bondad.

Paréceme que habito en un mundo mejor, al abrigo de los malvados que nos engañan y de las pasiones que nos extravían, donde no hay mas camino que el del bien, por el cual marchó con seguro paso. Entonces esclamo dirigiéndome á Dios: « Gracias te doy porque me has sacado del imperio del mal. Nunca volvére á desafiar las iras de tu ley, y en adelante viviré sin temer las emboscadas de mi corazón. Gloria á tí, Señor, Gloria á tí! »

Mas al grito que lanza un gavián cerniéndose en los aires, al murmullo del agua que pasa, ó del viento que se despierta, ese magnífico sueño resplandeciente de alegría se apaga y se disipa; y ese éstasis sublime, que en su piadoso vuelo se llevaba mi alma, me deja caer del cielo en un mundo manchado por el vicio y el crimen.

PETIT SENN.

LA COSECHA EN LA CAMPIÑA DE ROMA

El cuadro de M. Rodolfo Lehmann representa una campesina demasiado poética; en la realidad, dicen que las aechadoras son otra casa. Las pobres muchachas que bajan todos los años con sus hermanos y sus futuros esposos de las montañas, para trabajar en la cosecha de la campiña de Roma, lo hacen por un módico salario y sin alegría, espo-

niéndose á las dañinas calenturas que reinan siempre en aquellos contornos. Estas pandillas de segadores de la campiña de Roma, cuyo número asciende á 30 ó 40,000, tienen una organizaciou parecida en un todo á la de los ejércitos. En esas inmensas llanuras se ven cuadrillas de ocho á nueve mil personas, formadas en una misma línea, marchando lentamente, bajo el mando de los *caporali*, que van armados con unas varas de las que hacen el mismo uso que los sargentos austriacos. Cuando una pobre muchacha muerta



La Aechadora por M. R. LEHMANN.

de cansancio y abrasada de sed, detiene algun tanto su marcha, la vara que se levanta amenazante, ó un brazo brutal, la hacen entrar de nuevo en las filas. Un triste silencio reina en esa muchedumbre laboriosa; no se oye mas que el ruid del hierro que corta y de la espiga que cae al suelo; las guadañas y las hoces brillan al sol como bruñidas armas, y para acabar esta comparacion demasiado fiel, la muerte se cierra encima de los segadores, y no todos responden por la noche cuando pasan lista, ántes de retirarse á sus tiendas de campaña. Sometidos á pesados trabajos, pasando en pocos días y sin transición del clima templado y del aire puro de

sus montañas, al de una llanura ardiente, llena de pestilentos miasmas, muchos desgraciados contraen calenturas mortales. El tiempo de la cosecha es el mas peligroso en aquellos lugares; entónces la mortandad suele ser tan terrible que hay ocasiones en que llevan por la noche á los hospitales diez ó doce victimas diarias.

Y sin embargo esa campiña de Roma que los pintores representan comunmente árida y desolada es de una fecundidad admirable; ella sola alimenta mas de la mitad de la Italia, y ademas se evalúa en cinco ó siete millones el producto de sus esportaciones en granos y animales.